

# EL GRAN ROBO DE PATATAS

Nuestra historia comienza un viernes 1 de septiembre en el pueblo de Herrera de los Navarros, en plenas fiestas en honor a nuestra Señora Virgen de la Sierra.

Alfredo y Teresa son 2 jóvenes de 30 años a los cuales les encanta poder disfrutar del verano y de las fiestas de su pueblo, no se las pierden ni un solo año. Se conocen desde siempre, pero hace un mes saltaron chispas entre ellos y desde entonces son pareja.

Junto a ellos siempre está Lobna, una amiga de origen marroquí que los acompañaba todos los veranos a las fiestas durante sus vacaciones.

Nuestros tres amigos decidieron pasar la tarde en la piscina, cogieron sus toallas y fueron tranquilamente andando ajenos a todo lo que les esperaba.

Llevaban un buen rato cuando de repente, tres ovejas se colaron por la puerta trasera del bar de la piscina, arrasando con todo a su paso, mesas y sillas por los suelos y sobre todo, no dejaron ninguna bolsa de patatas fritas, se las comieron todas.

Para Alfredo, Teresa y Lobna un verano sin patatas fritas no era un verano normal, ya que lo que más les encantaba era tumbarse en las toallas a tomar el sol mientras escuchaban algo de música y comían patatas fritas acompañadas por unas coca colas bien frías.

Los tres empezaron a pensar cómo podrían arreglar el desastre provocado por las ovejas y rápidamente Lobna tuvo una idea al cabo de 5 minutos:

Oye chicos, se me acaba de ocurrir que el otro sitio del pueblo dónde más patatas hay es en el bar del pabellón deportivo, ¿qué os parece si esta noche nos colamos allí y cogemos unas cuantas bolsas de patatas para devolverlas aquí al bar de la piscina? - comentó Lobna.

Me parece buena idea, no creo que por unas cuantas bolsas se den cuenta – dijo Alfredo.

Además, creo que mi abuelo podría guardárnoslas en el almacén del hogar del jubilado durante un par de días hasta que la cosa se calme y podamos llevárnoslas a la piscina – dijo Teresa.

Ya tenían el plan, sólo había que llevarlo a cabo sin fallos y todo saldría perfecto.

Esa noche había discomóvil en la plaza del pueblo, y no había mejor momento para tratar de robarle a Enrique, alcalde de Herrera, las llaves del pabellón y así poder cumplir con todo el plan.

Lobna vio que el alcalde estaba bailando y se acercó a bailar con él por delante para distraerle. A su misma vez, Alfredo por detrás y con cuidado le quitó las llaves del bolsillo trasero del pantalón, primer paso conseguido.

Los 3 jóvenes entran al pabellón, van directos al bar y cargan tres bolsas de plástico enormes con todos los paquetes de patatas que les caben hasta reventarlas, llevándose casi la mitad de las que tenían en el bar.

Al lado, en el hogar del jubilado les esperaba Antonio, abuelo de Teresa y el encargado de guardar todo el cargamento en el almacén del hogar del jubilado durante dos días, quién iba a sospechar de los inocentes mayores del pueblo, personas adorables que sólo iban allí a pasarlo bien y jugar a las cartas.

Una vez guardado todo, volvieron a la fiesta de la discomóvil para devolverle las llaves al alcalde, algo tan sencillo como fingir chocar con él y que las llaves cayeran al suelo del golpe para poder dárselas sin que nadie pensara nada raro.

Mitad del plan completado, ahora sólo quedaba dejar pasar dos días para poder llevar esas patatas a su sitio natural durante el verano, el bar de la piscina.

A la mañana siguiente, Lobna, Alfredo y Teresa decidieron pasarlo bien y acudir a las vaquillas que tienen lugar por las calles del pueblo.

Un sábado soleado en el que todo transcurría con normalidad, pero de repente Alfredo se vio perseguido por una de las vaquillas, echó a correr tan rápido como pudo y al ver su cuerno tan cerca de él, decidió saltar la valla de madera para estar seguro, con tal mala suerte que después de treparla cayó al suelo y se golpeó en la cabeza.

Alfredo despertó en la cama, había ido el doctor a visitarle y le dijo que físicamente estaba bien, pero que con el golpe había perdido la memoria y que necesitaba tranquilidad, dos días de reposo y poco a poco iría acordándose de todo.

Alfredo se había olvidado de su novia, de sus amigos, de qué hacía allí en el pueblo y sobre todo, no recordaba haber hecho nada malo ni haber robado nada a nadie.

Entre Lobna y Teresa trataron de ayudar a Alfredo: le contaron quiénes eran ellas, qué hacían allí, le enseñaron fotos de todos los viajes que hacían al pueblo todos los veranos, le contaron mil anécdotas y poco a poco Alfredo fue recordando.

Al día siguiente lo llevaron de paseo para que viera el pueblo y así ayudar a su memoria: le enseñaron la plaza, el pabellón, la piscina, el hogar del jubilado...Alfredo empezó a torcer el gesto y a mostrarse pensativo.

¿Qué ocurre Alfredo, te acuerdas de algo?- preguntó Teresa.

Creo...me viene algún recuerdo...¿no habremos hecho algo malo, verdad?- dijo Alfredo.

Para nada, eso deben ser cosas tuyas - le respondió Lobna.

En ese mismo instante le vinieron a la cabeza muchas imágenes a Alfredo: las ovejas, las patatas fritas, las llaves, el robo, el bar del pabellón...

No puede ser, ahora me acuerdo de todo...está mal, no deberíamos haberle robado a nadie, somos culpables...necesito contárselo a alguien, quizás si me confieso en la iglesia me perdonen y me sentiría mucho mejor por ello- dijo Alfredo.

Bueno, ya se sabe que los curas tienen que guardar secreto de confesión, así que no se lo contará a nadie, me parece bien si quieres ir a la iglesia, aunque hoy es domingo y habrá mucha gente- replicó Teresa.

Alfredo fue decidido a la iglesia pensando que sería buena idea hablar de todo esto con alguien para quitarse el sentimiento de culpa que tenía encima.

Le contó al cura todo con pelos y señales, se acordaba de hasta el más mínimo detalle, vaya si había recuperado la memoria el bueno de Alfredo.

Alfredo no era conocido precisamente por su buena suerte, si había opciones de que le pasara algo malo a alguien, seguro que era a él, siempre ocurría así, parecía que alguien le hubiera echado un mal de ojo y esta vez por supuesto no iba a ser menos.

Al terminar de hablar con el cura, qué casualidad la suya de cruzarse con Jorge, uno de los dos únicos policías del pueblo y que justo estaba también en ese mismo momento en la iglesia.

Alfredo, acabo de oír todo lo que has hablado con el cura, ¿es eso verdad?- dijo Jorge.

Esto...sí, no puedo negárselo...Lobna, Teresa y yo llevamos a cabo el plan, pero...no queremos entrar en la cárcel por unas bolsas de patatas, podemos devolverlas si quieres y te prometo que no volverá a pasar, por favor señor agente, sea bueno con nosotros, no somos personas malas- contestó Alfredo.

Realmente Jorge no pensaba mandarlos a la cárcel, había sido un juego de niños simplemente pero tenían que tener un castigo, no podía pasar por alto la mala acción que habían hecho.

¿Y se te ocurre algo?- le preguntó el agente.

No sé, señor agente, ahora mismo estoy un poco confuso- replicó Alfredo.

Primero tendréis que devolver todas las patatas y durante toda la semana de fiestas váis a estar ayudando a las personas del hogar del jubilado que vayan en silla de ruedas, las acompañaréis desde casa hasta allí y cuando terminen los acompañaréis hasta casa, ¿de acuerdo?. Y se me está ocurriendo algo más, sé que no os va a gustar, pero...

¿Pero y qué señor agente?, cualquier cosa, lo que sea... -dijo Alfredo desesperado, casi con lágrimas en los ojos queriendo saber ya cuál sería el segundo castigo.

Ya que habéis robado en el bar del pabellón, también váis a estar limpiando sus baños toda esta semana, así aprenderéis la lección-dijo con voz autoritaria Jorge.

A Alfredo no le quedó otra opción que aceptar y contarles a Lobna y a Teresa, que esta vez les iba a tocar disfrutar las fiestas de otra manera...al fin y al cabo era mejor eso que un verano sin patatas y en Herrera de los Navarros aún quedan muchos años de fiestas y muchas patatas por compartir con los amigos.